

Duque. Desalentábanse, por el contrario, los que servían á sueldo de Venecia; varios descontentos hablaban de desercion y hacian tratos para que otros camaradas los siguiesen. Era pues ocasion favorable de hacer pública la flaqueza de aquella señoría, que se proclamaba muy prepotente.

QUEVEDO tomó la posta para Brindis, y atravesando el golfo, arribó disfrazado á la ciudad que se levanta de entre las olas. Pero una aventura extraña é incalificable trajo á riesgo de muerte al embozado caballero, y echó por tierra sus mejores planes y los del príncipe su camarada y amigo. Uno y otro se equivocaban grandemente imaginando que el mensajero podía penetrar en la ciudad sin ser conocido de los espías de la República.

¿Quién era Venecia, y cuál su situacion respecto de España, en los momentos que vamos á referir? «Venecia (dice nuestro autor) es el chisme del mundo y el azogue de los príncipes; es una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar; es mayor de lo que convenia que fuese, y menor de lo que da á entender; es muy poderosa en tratos, y muy descaecida en fuerzas; sumtuosa en atarazanas, numerosa en bajeles, aprestados para quien temiere los vasos de una armada sin ella; es un dominio que desmiente muchos miedos. Temen que España les quite la ganancia de revendedores en Levante, de lo que compran en Nápoles y Sicilia. Es un estado el más propenso á divisiones que hay, y por deslumbrarnos de esta perpetua flaqueza suya, no dejan descansar á un príncipe. Es más dañosa á los amigos que á los enemigos; su abrazo es una guerra pacífica. Su riqueza es la escala de Levante: oficio que á poca costa le quitara el puerto de Brindis, si no estuviera ciego como los que no importunan á vuestra majestad que le limpie. Y yo sé el modo, y allá saben que lo sé yo (1).»

Quien aparenta otro de lo que es, se desatina en despecho y venganza al ser descubierto y conocido; quien tiene su medra en la reputacion de poderoso y temible, si osan arrancarle la máscara, atropella por todo. El delito de conocer á Venecia era para los venecianos imperdonable en QUEVEDO. Su visita al Pontífice en el año anterior, su partida á España; que lo del parlamento era un pretexto; que á Madrid le llevaban asuntos gravísimos en daño de la República,—todo lo supo ella, teniendo arte para hacer que el duque de Saboya enviase los asesinos que burló el capitán Vinciguerra. Supo la conferencia secreta de QUEVEDO con el Monarca, el regreso á Nápoles, el repentino viaje del golfo, y ahora el arribo á aquellos muros jamas profanados de enemigos. Enfureciase al recordar que habia humillado su orgullo á vista de Gravosa el duque de Osuna; y por los embajadores y por los espías de todas partes, se convenció de que Felipe III en público desaprobaba la conducta del Duque, pero la autorizaba en secreto. Solo en último extremo hacia Venecia descubiertamente la guerra, fiando más en la astucia, en la intriga y en la negociacion que en el trance de las armas; y ahora veía disparados en su contra sus mismos dardos, con más el plomo y el acero. Nunca armazón enemigas oprimieron su golfo desde los tiempos de Oton, hijo del emperador Federico; y una vez rota la barrera, debían multiplicarse los escándalos y seguirse el descrédito y la ruina. Al punto comprendió cuánto habia que temer de Osuna, hábil é impetuoso contrario, colocado en puesto desde donde podia ahogarla impunemente. Tomada por los uscoques y napolitanos la boca del golfo, y con cartas de marca los corsarios, la pérdida de Venecia era inevitable y segura.

No se descuidaron desde un principio sus agentes en corromper con oro á los personales enemigos del Duque, á fin de que contra él elevasen duras quejas al Monarca; para desacreditar su gobierno salían voces en Madrid de las mismas casas de algunos embajadores extranjeros, como si en ello pudiera haber celo de lo que á estos reinos conviniese. Los galanteos, los dichos desenfadados, las frases bizarras del Duque, sus acciones todas, venían desfiguradas á la corte de Castilla con algun aparente fundamento, para hacer más eficaz la calumnia (2). Pero este sistema, aunque de resultado seguro para la perdicion de la víctima, pedia tiempo y sazón, y era inútil para atajar los males del momento. Estrechábanse las distancias, se veía venir el motin y desercion de los mercenarios, las confidencias aumentaban el sobresalto y recelo; no habia que perder ni un solo instante. Puso á contribucion la Señoría el ingenio de sus hijos; y con el propio misterio y en las mismas tinieblas con que enjuiciaba y perseguía, y con la impasibilidad misma con que á sus operaciones mercantiles sabia sacrificar todas las consideraciones humanas, proyectó y dispuso el

(1) *Lince de Italia*, pág. 244.

(2) *Memorial de Chumacero*, pliegos A., folios 2 y 4 vueltos; E, fol. 10; L, folios 25 y 24; n., fol. 23.

remedio. En juntas nocturnas y secretas reuniéronse los Diez, buscando un arbitrio enérgico, inesperado, increíble, que diese lugar á muchas y desatinadas versiones, que nunca pudiese descifrarse bien, cuya narracion exaltase la fantasía, inclinando á explicarle con fundamentos recónditos, muy graves y muy justificados. Un fraile servita despejado y travieso halló traza de satisfacer todas las imaginaciones, de atar los cabos todos, de ganar amigos y derribar muchos contrarios con un solo golpe. Ofrecia reprimir la insolencia de las tropas asalariadas, atemorizar á los débiles, castigar á los rebeldes, granjearse al Turco, hacer odioso el nombre español, echar su embajador de la ciudad, inflamar el espíritu de los pueblos, armarlos contra España, y hacerles aumentar el tesoro, levantar los estados de Italia, y empeñar á los potentados en el exterminio de los extranjeros que oprimían las fértiles campiñas que parte el Apenino y ciñen los dos mares; y dejando un problema difícil de desatar para los historiadores, hacer interesante á Venecia á los ojos de todo el mundo. Tal es la explicacion exacta de la célebre conjura de 1618.

Lunes 14 de mayo aparecieron ahorcados muchos hombres extranjeros todos, en la plaza de San Marcos; este horrendo espectáculo se reprodujo en mayor número al dia siguiente. La sorpresa de la poblacion fué indecible. Súpose que las prisiones eran sin cuento, que estaban repletos los calabozos del consejo de los Diez; hablábase de ejecuciones nocturnas y secretas; los canales y lagunas daban señales ciertas de haber tragado muchos hombres; corrían noticias de iguales escarmientos en castillos de la marina, y de que no pocos extranjeros empleados en la flota habian perecido á puñaladas, ahogados á cordel ó entre las olas. A tal espanto se agregó la nueva de un horroroso peligro. Dijose que la República estaba amenazada de muerte; que existía una conspiracion para entregar al fuego las atarazanas, saquear la casa de Moneda, la Aduana, y volar con una mina el Senado cuando estuviere en él reunida la nobleza. Y se divulgó la especie de que para disponer tan execrable accion habia recibido el embajador de España ochenta mil escudos, y el virey de Nápoles enviado á la deshilada, cargados de dádivas y esperanzas, muchos extranjeros, la mayor parte franceses, á quienes la República, por sus urgencias, los habia recibido y mantenido á su costa (1). Un cuidado especial hubo en que la voz pública designase por cabeza de la conjuracion al normando Jacques Pierres, y el general Pedro Barbarigo le hizo morir en la isla de Curzola, arrojándole al mar dentro de un saco. Cegóse el populacho, insultó las casas de Bedmar, tuvo al fin este que abandonar á Venecia, y cinco meses despues un decreto del Senado acordó gracias solemnes á la Providencia por haber salvado la República.

No dió esta el menor conocimiento del suceso á potencias amigas ó enemigas: siendo tan acriminadora de las acciones españolas, y deseando tanto desacreditar su nombre en todas partes, en ninguna ni en público ni en secreto; dió quejas ni imputó á España el proyecto; dejó, sin embargo, correr todas las versiones por absurdas que fuesen, y únicamente trató de desvanecer una, por lo mismo que tenia fundamento. Dijo que era pura invencion de los que tenían interes en ocultar la verdad, y de los que hacia muchos años conspiraban contra el arsenal, el erario y la nobleza, suponer que fué la muerte violenta del infortunado Jacques Pierres un sacrificio hecho á la Puerta Otomana. La disculpa sola bastaba á poner fuera de duda la verdad del hecho. Fué Jacques Pierres terror de los turcos, desolando su comercio y revolviendo los mares de Levante con arriesgadas y continuas empresas. Entró al servicio del duque de Osuna, tan amigo de los que abrigaban gran corazon y no vulgar ingenio; pero le dió el pago que suele tal casta de hombres, huyéndose á la república de Venecia y ofreciéndole su brazo, mediado ya el año de 1617. Ella, tan suspicaz y recelosa, ¿cómo no temer algun lazo en la fuga del capitán aventurero? Espiándole, supo que trataba con el duque de Nevers de invadir la Morea (2). Interceptó papeles que descubrieran todo el proyecto, y los puso inmediatamente en Constantinopla. El Turco, agradeciendo la oficiosidad veneciana, exigió el exterminio del Jacques Pierres (3).

(1) Ni siquiera el mérito de la invencion y de la novedad tenia este pretexto en que se fundaba el arbitrio del servita. Encuéntrase en el *Libro que micer Antonio Panormitano compuso en 1455 de los dichos y hechos del famoso y decantado rey de Aragon D. Alonso, llamado el sabio*, conquistador de Nápoles, de quien fué maestro, secretario y consejero el autor. Cuenta que el magnánimo príncipe rechazó con indignacion la oferta que un aventurero le hacia de incendiar las atarazanas y galeras de Venecia, calificando el hecho de pérfido y de injusto. (Fol. 44 de la traduc-

cion española; impresion de Valencia, en casa de Juan Joffre, MDXXVII.)

Suponer pues ahora en el Duque virey una accion que desde lo antiguo venia condenada como infame, era soberbia traza para exasperar los ánimos.

(2) Pretendia el Duque haber heredado los derechos de los Paleólogos á una parte de Grecia.

(3) Complicóse con esto para acelerar su ruina, que de su ingratitude resentido el virey de Nápoles, quiso despertar celos en los nuevos amos del pirata, y á título de amistad



Más de seiscientas víctimas sacrificó en su frenesí la Señoría: martirizó en el tormento á muchos inocentes antes de arrancarles la vida; hizo apariencia de proceso, lleno de contradicciones y absurdos, y en él figuraron acusados y acusadores; pero todos fueron declarados culpables; todos, sin excepcion ninguna, perecieron miseramente. El mismo Antonio Jaffier, que hace papel de denunciador, interesado en la salud de la República, y que recibe cuatro mil zeques de premio, es ahogado en las lagunas, y los otros cuatro delatores no acaban de mejor modo. Pero en verdad es muy peregrino se ensangrentase con preferencia la saña veneciana (segun los historiadores más célebres) en los extranjeros que se hallaban momentáneamente en la ciudad, aunque no tuviesen ninguna conexión con las tropas asalariadas cuya fidelidad se puso en lenguas (1).

En aquella noche terrible de espanto, consternacion y exterminio, libró QUEVEDO por un milagro la vida. Con hábito y ademanes de mendigo, todo haraposo, é imitando con arte sumo el acento italiano, se escapó de dos esbirros que le perseguían para matarle; entre ellos estuvo, le observaron, sin sospechar jamas que fuese extranjero. Siempre que años adelante en el esparcimiento de la amistad solía hacerse memoria del suceso, era lo más que se le oía, motejar de torpes y descuidados á los asesinos (2). Con extremada precaucion, entre los ayes de los moribundos, entre los golpes de los verdugos y entre las blasfemias de los sicarios, salió de la ciudad. ¡Cuántas veces le estremecería el murmullo del viento y el choque de las olas, remedando voces humanas de persecucion y de muerte! Cuántos riesgos que arrostrar, cuánto que vener, hasta pisar las risueñas y floridas riberas de Nápoles!

Poco tardaron venecianos en descubrir la mala salud de sus pensamientos respecto de QUEVEDO. Al instante, engañados por haber creído de nuestro autor un *aviso (ragguaglio)* á que responden, imprimieron contra él un libro en Antinópolis, compuesto por Valerio Fulvio, saboyano, y dirigido al propio duque de Saboya. Titúlase *Castigo esemplare de' calunniatori*, lleno de maldades y mentiras contra la persona de DON FRANCISCO, por vengarse de que decían que él y otros dos, por orden del duque de Osuna, trataron en Venecia de saquearla ó disponerla (3). Llámale nigromante, y que pretendia hacerse reina de Italia. Allí se apuntó la especie de que Osuna pensaba en levantarse rey de Nápoles. Haciendo que de este modo corriese en el vulgo, é intrigando por bajo de cuerda con los implacables enemigos del Duque, se completó la segunda parte de la verdadera conspiracion.

Este príncipe inmediatamente envió á España á QUEVEDO, noticioso de que la República dirigia contra él quejas á su majestad, que entendió en ello por el consejo de Estado, corriendo los papeles á cargo del secretario Ziriza. A la vez que el caballero santiaguista, llegaron impresos con la noticia de haberle mandado quemar en estatua el senado de Venecia: el populacho lo habia hecho ya el año ántes con la del duque de Osuna.

Aquella república se desató en calumnias, fingia revelaciones, cartas y papeles, para rehabilitar el pabellon de San Marcos, deslucido por las acciones marítimas del Duque, y trabajó porque se pudiera sospechar haber estado con él algun tiempo en connivencia, fingiéndose enemigos, para ayudarle con secreto y holgura en el proyecto de proclamarse rey de Nápoles. Esto se estampó en *raguallos* soñados para desmentir públicas victorias; y ni faltó allá un reino que se pudiese á escribirlo, y aquí y allí otros á creerlo, ni historiadores que recogiesen con avidéz tales hablillas, y compusiesen con ellas sus discursos.

Por octubre arrojó del valimiento al duque de Lerma, su hijo el de Uceda: tal es la ambicion,

y resto de sueldos, con unos mercaderes venecianos envióle públicamente cuatro mil escudos. (*Storia di Pietro Giovanni Capriata*, lib. 6.)

Tarsia cuenta de muy diverso modo el suceso, afirmando que Jacques Pierres, un español genizaro (Alejandro de Espinosa) y QUEVEDO fueron juntos á Venecia á hacer una diligencia de grande riesgo. (Pág. 89.)

(1) Gregorio Leti, *Vida del Duque de Osuna*.—Historia de Venecia de Bautista Nani.—*Storia civile veneziana di Vettor Sandi*.—*Memorie recondite di Vittorio Siri*.—Giannone, *Historia civil del reyno de Nápoles*.—*Storia di Pietro Giovanni Capriata*, lib. 6.—Daru, *Histoire de la république de Venise*, lib. 31.

(2) Tarsia, pág. 89.—«Habiéndosele ofrecido al duque de Osuna el valerse de su persona para que fuese á Venecia á tratar algunas cosas acerca de componer las disensiones que aquel reino (el de Nápoles) tenia con venecianos, conociendo que esto cedía en utilidad del bien público, disfrazado hizo la diligencia con gran trabajo y riesgo de su vida.» (Advertencia *al lector*, en *Las tres musas últimas castellanas*, que publicó don Pedro Aldrete Quevedo y Villegas en 1670.)

(3) QUEVEDO, *Lince de Italia*, pág. 238.—Los autores del *Tribunal de la justa venganza* (pág. 19) calificaron á Fulvio de diligente y fiel historiador de la vida y costumbres de nuestro poeta.

que rompe y atropella por la propia sangre. Parecía con esto haberse abroquelado el Virey contra el impetu de tantas recriminaciones. Mostrábase con todo el marqués de Siete-Iglesias, don Rodrigo Calderon, inclinado á las voces que esparcian los adversarios, y QUEVEDO escribió al duque de Osuna que no se correspondiese con él. Por satisfaccion de su sentimiento envió el Duque la carta á don Rodrigo, quien, para confusion de QUEVEDO, se la mostró en su palacio. Nuestro caballero la reconoció por suya con arrojamiento venturoso, no sin vanidad de hacer ménos caso del enojo del favorito en su casa, que el Duque desde Nápoles. Retirado con ceño el Marqués, recibió orden el caballero de ampararse de Uceda en todo, y tratar con él los negocios del vireinato, sin otra asistencia alguna.

Arreciaba entre tanto la tempestad de acusaciones y quejas asestadas con diabólico artificio para perder al mortificador de los venecianos. Un sinnúmero de agraviados y quejosos conjuráronse con el propósito de satisfacer los deseos del norte de Italia. No perdonaron en Osuna alma, fidelidad ni reputacion; manosearon con desaliño tanta grandeza, hicieron relaciones de excesos abominables atribuidos al Virey, logrando que las leyese la majestad Católica, y que se imprimiesen con horror en su ánimo religioso. Entendiólo QUEVEDO, y aventurándose con Uceda, le significó su pesar con alguna entereza, porque, siendo el valido la puerta por donde entraban las acusaciones, hubiese estado abierta en daño del famoso don Pedro Tellez Giron, ministro tal, que nunca tuvo otro más grande la corona de España. Respondió Uceda que le parecia bien la advertencia, con semblante de que le parecia mal; escribió á su consuegro que la libertad del agente era desapacible á los negocios, y que convenia sacarlo de ellos con brevedad. Con ello dió el Virey oídos á los entremetidos y envidiosos, y dijo en público palabras que le mostraban descompuesto con DON FRANCISCO. Los adversarios de este le escribían intimidándole para que no se arrojase á volver á Italia, porque peligraria su vida, para ver si deteniéndole con el miedo le hacian culpable á los ojos del valeroso amigo (1).

Con desprecio de esta persecucion, pasó á Nápoles en compañía del marqués de Santa Cruz, que fué huésped del Duque y testigo de todo. Acarició á QUEVEDO en el recibimiento, y aquella noche hablaron de palabra lo que no se pudo fiar á la pluma. Pero en el sinsabor de tales pláticas vió nuestro hidalgo adolecer su opinion y enfermar su buena dicha, formando resuelto ánimo de descansar de estos odios, bajarse de donde querian derribarlo, y volver á la patria para entregarse todo á la dulce tranquilidad del campo, á las musas y á las letras, y hacer que de molde corriesen las obras de su aplicacion provechosa y de su rozagante ingenio (2). Al siguiente dia mostró su propósito de regresar á España: pidió licencia, y mientras le fué concedida, esquivó toda ocasion de que pusiese á prueba su paciencia la sequedad del Duque.

Abandonado á sí mismo este varon, grande en las virtudes y en los vicios, de ingenio vivo, pero turbulento, sangriento en las iras, inconstante en las amistades, peligroso en los favores, beneficiado en riqueza, allanó el camino del triunfo á sus émulos, con la desenvoltura de la vida y la ejecucion licenciosa de sus apetitos. «Su ánimo (dijo por entónces un gran político español) era levantado, amigo de empresas y novedades, pronto en los medios, fácil en la disposicion de ellos; obraba con movimientos repentinos, sin el gobierno de la consideracion; dado á las delicias de mujeres, entre ellas levantaba el pensamiento á cosas grandes; su prodigalidad era inconsiderada; apetecia los bienes ajenos y despreciaba los propios; la facundia mucha, la prudencia poca (3).»

(1) *Memorial de Chumacero*, pliegos C., fol. 7 vuelto, L. 24 y i 17.—QUEVEDO, *Grandes anales de quinze dias*, páginas 201 y 202.

A 12 de marzo de 1619 escribió un discurso histórico-teológico sobre *La primera y más grande persecucion de los judios*.

(2) Hay que suponer, mientras no parezcan nuevos datos, que ninguno de los escritos de QUEVEDO se dió á la estampa hasta el año de 1620, y que fué el primero el *Epitome á la historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado fray Tomas de Villanueva, arzobispo de Valencia*. Encargado fray Juan de Herrera de su beatificacion, supo hacia diez años que estaba escribiendo QUEVEDO la obra grande de la vida del Arzobispo; y acercándose el

momento de colocarle en los altares, pidió á nuestro escritor hiciese este *Epitome* para informar con brevedad la noticia de todos. Acabóle en doce dias, y le vendieron los ciegos en la primer semana del mes de setiembre.

(3) A no dudar es este retrato de la pluma de don Diego de Saavedra, que intervino en los escándalos de Nápoles por junio de 1620, como secretario del cardenal Borja. (Biblioteca Nacional, H. 53.)

Véase, en oposicion, cómo retrata QUEVEDO á su favorecedor y amigo:

«Otros decian que el Duque habia perdidose por ser hipócrita de pecados; agradeciendo el crédito anticipado que le daban, á los delitos que él se levantaba á sí mismo, los que le oían cuando se mostraba muy elocuente en desacredi-



De estas y otras calidades se tomó pié para destemplar su gobierno y desacreditarlo, y alborotándose las olas de la emulacion y de la envidia al embate de tres años continuos triunfaron del siempre triunfador. «Vino el Duque echado de Nápoles, y á vista de toda España (dice QUEVEDO), hizo conmigo más demostraciones de amor que nunca, y tantas caricias, que hubo quien dijese que la desavenencia pasada habia sido traza entre los dos; y con estas acciones y favores decía que solo yo le habia dicho lo que si hubiera hecho, no se viera en el estado que lloraba. Y como le vian comer y andar siempre conmigo, y solo asistir á mi casa, los que me habian descompuesto con él, temiendo que yo, desobligado, no le advirtiese de lo mal que le divertian sin remedio ni castigo, dejándole en manos de la persecucion, ó porque no viese la gente juzgado el pleito en mi favor, —asiendo de los primeros achaques, me prendieron y desterraron.» El Duque entró en Madrid á 10 de octubre de 1620; la prision de nuestro poeta debió de verificarse en la fuerza del invierno. Facilitó la resolucion y levantó la cantera don Fernando Acebedo, á quien hubo de conocer aquel en Alcalá de criado del maestro Pedro Arias, en el colegio del Rey; y llegando á ser arzobispo de Búrgos y presidente de Castilla, reventaba de vanidad, y presumia de hidalgo, descendiente de príncipes y emperadores: ilusiones y encantos que convertia en tesoro de duendes la sátira y la malicia del caballero oriundo de la montaña. El achaque de la prision de DON FRANCISCO fué, que en su casa entraba el Duque á todas horas, y que le asistia á los gastos y fiestas con lisonja; dando á entender que el parecer y consejo del amigo tenian la culpa de todo lo que se murmuraba en el prócer. Por orden de Felipe III llevóle á Ucles, y despues á la Torre de Juan Abad. Pidió las causas por que le perseguian, y no se las dieron, ni repararon en confesar que le castigaban de memoria. Tan ofendido estaba el favorito del Monarca y el presidente de Castilla, que á no morir el Rey no le concedieran volver á Madrid en muchos años (1).

A la muerte de Felipe III (31 de marzo 1621) siguió la revolucion que trae consigo el advenimiento de un nuevo príncipe. Vino á tierra el valido, levantóse otro. Y como, descuajado por los huracanes el corpulento cedro, lleva tras sí los arbustos que de su sombra se amparaban, tal con el duque de Uceda cayeron sus hechuras. En él habia el conde de Olivares aprendido á alzarse con la privanza, y en su padre don Francisco Gomez de Sandoval, duque de Lerma, á ganar temprano la voluntad del sucesor de la corona. Esclavizó su ayo al tercer Filipo facilitándole oro para secretas limosnas; don Gaspar de Guzman hizo posesion suya á Felipe IV corrompiéndole y dando libre rienda á sus pasiones y desordenados apetitos. Fuéron contrarios los medios, el fin uno mismo. Soberbio y taimado abrigaba el conde de Olivares odio invencible contra la casa de Sandoval, y cuando tuvo en el trono al Rey su pupilo, tiró á deshacerla y aniquilarla. Los excesos de esta prepotente familia habian de cohonestar cualquier persecucion, por rigurosa que fuese; la cual, por otra parte, debia de ser grata al pueblo, que estaba hambriento de justicia. Algunos desagrazos, acertadas providencias en un principio, muchos y galanos ofrecimientos, y el cebo de la medra, haciendo botin los despojos de los caidos, habian de traer secuaces y amigos á los que se apoderaban del timon del Estado, y engendrar lisonjeras esperanzas. Nada de esto pudo ocultarse al conde de Olivares: aparentaba desdeñar el poder, y cederlo á su tío don Baltasar de Zúñiga; pero en un punto resonó el trueno é hirió el rayo de su venganza. Embarazóse en el bonete del Cardenal duque; pero estrenáronla Osuna y Uceda; la amistad y obligaciones del Conde para con el marqués de Siete-Iglesias permanecieron mudas, y el Marqués subió al patibulo y entregó su cuello al verdugo. Estrépito de cerrojos y cadenas, tropel de alguaciles, estoques y alabardas, cercando casas de próceres y ministros, ó llevándolos por las calles públicas en la mitad del dia, alternaron con las fiestas y vítores de un pueblo que saludaba el sol de un nuevo reinado.

Sucesos de tamaña importancia corrian por la Península rápidamente, llegando muy luego á

tarse. No hubo desgarro que no dijese que le habia de hacer, ni cosa buena que no hiciese. Sus servicios fuéron tantos y tales, que le acobardaron el premio y le solicitaron la invidia. Otros, ostentando advertencia política, encarecian la maña con que los enemigos de la corona de España se habian vengado de la ceniza que les puso en todas partes; y tenian esta persecucion por encaminada de venecianos y piamonteses, y otros á quien el Duque hizo recuerdos de la

grandeza de España, esforzados y dichosos.» (*Grandes anales de quince dias*, pág. 197.)

En el *Memorial* de Chumacero están consignados los singulares servicios y prendas de Osuna: pliegos C., fol. 8 vuelto; G., 13 v.; L., 21; m. 24 v.; n., 23.

(1) *Grandes anales de quince dias*, páginas 201 y 202.

Once años dice QUEVEDO, en el *Lince de Italia*, pág. 233, que fuéron los que sirvió á su majestad en aquellos reinos

noticia del prisionero de la Torre de Juan Abad. Aliviaba allí con las ciencias y las musas la soledad de su encierro, y desataba los raudales de su experiencia, viviendo en agradable compañía con los recuerdos de tantos años de agitacion y estudio y de tan numerosos viajes. Fruto de esta soledad entretenida fuéron los apuntamientos titulados *Mundo caduco y desvartos de la edad en los años desde 1613 á 1620*, y *Los grandes anales de quince dias, historia de muchos siglos que pasaron en un mes*, donde escribió la deshecha borrasca de los favoritos del rey difunto. Retocó, aderezó y compuso un hermoso libro que tenia bosquejado hacia ya cerca de cinco años, la *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*; y comentó asimismo por aquel tiempo la *Carta del rey don Fernando el Católico al primer virey de Nápoles*, no llevándole tal vez á remitirla á don Baltasar de Zúñiga mejor propósito que atizar la persecucion contra el cardenal duque de Lerma, amparado en las protestas y amenazas que hacia para su defensa el papa Gregorio XV. ; Tanto puede aun en pechos nobles y sabios un grande resentimiento! Con la gravedad de tales estudios alternaban en el encierro poesias de burlas y discursos amenos, lozaneando en ellos el genio é ingenio del escritor festivo y punzante (1). Hijo de estos sabrosos esparcimientos fué el *Sueño de la muerte (Visita de los chistes)*, que nuestro autor quiso que fuese el último de los *Sueños*.

Los jueces que procesaban á los tres duques trajeron en agosto de 1621 á Madrid por breves dias á QUEVEDO, señalándole su propia casa por cárcel. Tomáronle declaracion de sus cartas; dióla, agravando á Uceda por las quejas que de él tenia; pero en aquellas no se rió necesidad ni acusó delito. Sin embargo, interpretándolas torcidamente el fiscal de la causa para estrechar á Osuna y Uceda, y defendiendo á los duques perseguidos su abogado, lastimaron la honra y opinion de QUEVEDO, que, si bien estragada y perseguida, no fué nunca infamada con nota ni delitos de mala voz. Llamábase el letrado don Francisco de la Cueva y Silva; era famoso y el primero de la corte, y tratando siempre con magnates necesitados de su farándula, dábale más importancia que un ministro; hombre de malísimo gusto, de confuso y embrollado entendimiento, y cuya ciencia consistia en llover diluvios de citas en sus alegatos. Ni hay voces para encarecer hasta dónde extremaba esta pedanteria, ni paciencia para leer hoy una sola plana de los que se conservan impresos (2). QUEVEDO se vengó del licenciado retratándole de mano maestra en el *Sueño de la muerte*, que dedicó y envió desde la Torre á doña María Enriquez, dama de la reina Isabel de Borbon, mujer de Felipe IV, en 6 de abril de 1622. Mostrándose rendido y galan con esta señora, y ponderándole cuán preocupado vivia despues que pudo admirar su belleza, concibió esperanzas de romper las prisiones, de tener un apoyo firme en palacio, y aun de lograr en él algun destino importante.

Alcanzó por el pronto licencia para irse á curar á Villanueva de los Infantes de unas tercianas malignas. Traíanle todo el invierno muy mal parado; y por la falta de médicos y botica, y por la sangría que le hizo en la Torre un barbero gañan del lugar, corrió muy grande peligro. En el estado miserable en que se encontraba, escribió al Presidente de Castilla «haber visto muchos condenados á muerte; pero ninguno á que se muriera». Con el regalo y holgura de la tierra y la asistencia de buenos médicos restablecióse luego, y en diciembre diéronle por libre los señores de la Junta, prohibiéndole entrar en la corte ni acercarse á ella diez leguas á la redonda, cortapisa que desapareció por marzo del año siguiente (3). Acababa de publicarse en el mes anterior la pragmática relativa á reforma de los trajes y represion del lujo: una de tantas providencias con que (ayudando la ignorancia de aquellos tiempos en materia de economia política y buen gobierno de la república) consiguió deslumbrar á los más astutos el conde de Olivares, prometiendo reparacion de agravios á los pobres, disminucion de cargas y tributos á los pueblos,

con asistencia en Sicilia y Nápoles, y noticia y negocios en Roma, Génova y Milan; haciendo en este tiempo catoree viajes por mar y tierra, que tuvieron, no sin fruto, más de estudio aprovechado que de peregrinacion vagamunda.

Tarsia reduce á nueve los años y á siete los viajes.

Cénida mi narracion á datos y documentos seguros, descubre lo que hay de exagerado ó falto en uno y en otro aserto.

(1) «Grande fué su fortaleza. Las persecuciones, prisiones y trabajos que la envidia de sus enemigos le causaron,

nadie lo ignora: en las prisiones primeras que tuvo en la Torre de Juan Abad escribió las poesias más burlescas y de mayor chanza que hay en sus obras.» (El sobrino de Quevedo, en el prólogo á *Las tres últimas musas*, 1670.)

(2) *Grandes anales de quince dias*, pág. 203.—*Memorial del pleito que el señor don Juan Chumacero y Sotomayor, Fiscal del Consejo de las Ordenes y de la Junta, trata con el Duque de Uceda*: impreso por la viuda de Fernando Correa, Madrid 1622. Pliegos B., fol. 5 v.; a., 1; b., 4.

(3) Tarsia, páginas 91 y 92.



anunciando, en fin, á España el reinado de la justicia. QUEVEDO saludó al favorito poniendo en su mano la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos*, escrita en magníficos tercetos, y dirigida á ponderar aquella providencia. En la epístola se nombra ya Señor de la villa de la Torre de Juan Abad; y por entonces debió de entrar en palacio, sin que hasta ahora se haya podido averiguar con qué carácter, ni á quién debió distincion tan ambicionada (1).

La primavera y el estío del año de 1623 se pasaron en justas y regocijos, celebrando la venida del príncipe de Gales y su desposorio con la infanta doña María, hermana de Felipe IV. Lo inesperado y nuevo del suceso, las peregrinas circunstancias de que estuvo rodeado, las cuestiones religiosas que suscitó, y la grandeza de los espectáculos públicos que le solemnizaron, no dejaban parar las musas españolas. El ingenio se agotó en el teatro; y las fiestas de toros, los saraos y los torneos eran cantados por un ejército de poetas. QUEVEDO ni tenía condicion de callar cuando el regio alcázar rebotaba en alegría, ni de estarse con los brazos cruzados cuando los vates, divididos en huestes contrarias, se acometían unos á otros como tigres y leones. Todos cayeron sobre el buen don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, el más profundo, filosófico y pulero de nuestros dramáticos, por habersele preferido para describir los toros, cañas y escaramuzas que regocijaron la plaza Mayor el lunes 21 de agosto.

Tuvo la venida del inglés por uno de sus principales objetos la restitucion del Palatinado (2). Felipe IV, aconsejándose de repúblicos y teólogos, tiró á que las negociaciones redundasen en beneficio de los católicos y de la paz general; pero ni el español ni el britano podían entenderse: Felipe hallaba grandes inconvenientes en devolver aquel territorio; Jacobo carecía de libertad para otorgar cuanto se le reclamaba en puntos de religion. En fin, descorazonado y secretamente desabrido el príncipe de Gales, salió para sus reinos, llevándose muchos lienzos de los más grandes pintores del mundo, y otros riquísimos regalos queregonaban la munificencia castellana. Entibióse la plática del matrimonio; desarrebozaronse á poco los propósitos de ambas coronas, y surgieron fundados temores de un bélico rompimiento.

Con harta prevencion receló el rey Católico algun golpe de mano de aquellos astutos mercaderes, siempre anhelosos de encontrar coyuntura para enseñorearse de las columnas de Hércules. Determinó pues pertrechar contra un desembarco las costas de Andalucía, disponiéndolo todo por sí mismo en las encantadas regiones que abraza el Bétis, y que el divino Jenil fertiliza y hermosea. La expedición partió de Madrid el 8 de febrero de 1624, formando parte de la regia comitiva DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS. Nueve dias se tardó en llegar á Andújar, con un temporal deshecho de agua, nieve y ventisea; y de allí nuestro poeta dió cuenta del viaje á su amigo el marqués de Velada (hermano político de Medinaceli), don Antonio Dávila y Toledo. En este regocijado papel descúbrese cuán ufano y alegre iba, y cómo acertaba á deleitar al Príncipe con libertades y burlas bien recibidas, sazoadas con las centellas de su felicísimo ingenio. Así aparece, leyéndose en la carta que le cupo la honra de tener por huésped en su Torre de Juan Abad al Rey, que para dormir, su majestad derribó la cama que le repartieron, tal debió ser de mala; y que allí el *Caballero de la Tenaza* (QUEVEDO) se recató de todos. Por abril regresó la expedición á Madrid, y más adelante la experiencia vino á demostrar cuán fundados eran los temores de que los ingleses hostilizasen nuestras costas.

Entre tanto, á medida que se estrechaban las prisiones del duque de Osuna, furiosa contra él la venganza, íbanse agravando los padecimientos de la gota. Una cárcel sin esperanza de libertad, un tormento continuo sin mostrar flaqueza, una enfermedad tan larga sin remision de salud, dobla-

(1) El biógrafo don Pablo Antonio de Tarsia cuenta que por haber gastado en su prision y guarda DON FRANCISCO cantidad de hacienda considerable, sin que ninguna satisfaccion se le diese, por aquellos dias suplicó á S. M. que los cuatrocientos escudos de pension de que se le hizo merced siete años antes se le situaran en Milan, Nápoles ó Sicilia, ó bien se le diese recompensa en algun presidio en España ó con alguna encomienda en su orden de Santiago. Añade que esto no tuvo resultado y que nuestro escritor lo pasó siempre con harta descomodidad, compañera inseparable de las buenas letras. (Pág. 93.)

Por el contrario, sus émulos, que á la sazón publicaron

una *Apología del sueño de la muerte*, motejando al caballero de borracho, de haber tenido entre sus ascendientes uno zapatero, con otras lindezas parecidas, decian que disfrutaba cuatro mil ducados de renta, adquiridos con libertades mal dichas, pero bien pagadas, sin cargo de restitucion, por imposible y por tocar esta al dueño de sus aumentos.

(2) Lo conquistó el monarca español, ayudando al emperador de Alemania, cuando por las intrigas de venecianos se levantaron los bohemios, y coronaron rey al conde Palatino, yerno de Jacobo de Inglaterra.

ron al fin aquel grande espíritu. Cercado de sus hijos, dándoles su bendición, y diciéndoles que en el estrépito de las armas oirian su nombre, y oirian que la dignidad de morir en defension de la fe y en servicio de su príncipe fué la ambicion de toda su vida; consolado por su confesor fray Luis de Aguilar, y dando seguras muestras de un profundo arrepentimiento de sus juveniles bizarrías, espiró á las nueve de la mañana del dia 25 de setiembre. El ay del corazon de QUEVEDO es tan grande como el coloso que venia á tierra.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,  
Pero no á su defensa sus hazañas;  
Diéronle muerte y cárcel las Españas,  
De quien él hizo esclava la fortuna.  
Lloraron sus invidias una á una,  
Con las propias naciones las extrañas;  
Su tumba son de Flándres las campanas,  
Y su epitafio la sangrienta luna...

Cinco meses ántes habia fallecido en Alcalá el duque de Uceda. Condenado por los tribunales, absuelto por el Monarca, sin permitirle volver á la corte, abandonado de los lisonjeros, y viéndose entrada á sacomano su casa, entregóse á una terrible melancolía. Ni los consuelos de sus hijos y deudos, ni las cariñosas cartas del de Lerma, que al fin como padre le habia perdonado, pudieron infundirle ánimos y alientos. «Dícenme que os moris de necio (escribíale donairoosamente su padre); más temo yo á mis años que á mis enemigos (1).»

Permanecía DON FRANCISCO en palacio cultivando las musas y las lenguas sabias, en correspondencia con ilustrados varones. De ellos eran Juan Jacobo Chifflet, protomédico de la serenísima infanta Isabel y médico de cámara de la majestad Católica; el valenciano Vicente Mariner, peritísimo en latin y griego, que fué bibliotecario del Escorial; don Lorenzo Vánder Hámmen y Leon, vicario de Jubiles; el inquisidor don Juan Adán de la Parra, y don Antonio Hurtado de Mendoza, comendador de Zurita, del orden de Calatrava, secretario de la cámara de su majestad y de la general Inquisicion. Bienquisto de la corte y muy estimado de la familia del favorito, era llamado este caballero el *Discreto de palacio*, á quien Góngora apodaba el *Aseado lego*.

Mendoza pues, QUEVEDO y Mateo Montero, criado del Almirante, solicitados por el marqués de Eliche y de Toral, yerno de Olivares, escribieron, para festejar los dias de la reina Isabel de Borbon, una comedia llena de chistes muy donosos. Fué representada en el real alcázar el 9 de julio de 1625 por los ayudas de cámara, con la folia de bailes y entremeses, aderezo el más sabroso para la augusta familia (2).

QUEVEDO asistió á la jornada que á principios del año siguiente hizo á la corona de Aragon Felipe IV para tener cortes en Barbastro, Monzon y Barcelona, y supo no perder el viaje de Zaragoza. Aprovechando la holgura y libertad de aquel reino, decidióse á imprimir en él algunas de las obras políticas, satírico-morales y festivas que tanto renombre le valian, por copias de mano conocidas únicamente; y tratando con el mercader Roberto Dupont y con el impresor Pedro Vérges, salieron á luz la *Política de Dios*, *El Buscon* y *Los Sueños*. En Monzon dió la última mano al *Cuento de cuentos*, que sospecho hubo de publicarse en Huesca; pero el desterrado confesor de Felipe III, fray Luis de Aliaga, hizo, bajo nombre supuesto, correr contra este opúsculo otro que se titula *Venganza de la lengua española*. Una vez en el dominio de la prensa aquellas excelentes obras, los moldes de Valencia, Barcelona y Pamplona, los de Portugal, Bélgica y Francia disputábanse la gloria de reproducirlas (3). Crecía la del autor prodigiosamente. Felicitábale el cabildo compostelano, llamándole honra de aquel siglo, milagro y asombro de los pasados. Pero cuando tomó nuestro caballero la defensa del apóstol Santiago como único patron de las Españas, contra la disminucion del patronato que se pretendia á favor de santa Teresa de Jesus, no hallaba el mismo cabildo voces para encarecer el arrojé del paladin, calificando su ingenio de noble, devoto y purísimo, y hasta de providencial en tiempos tan calamitosos (4). Trabóse espantosa refriega entre los devotos de la Santa y los secuaces de QUEVEDO: refutaciones, censuras, sátiras, caricaturas y

(1) Don Juan Isidro Yañez Fajardo, *Memorias para la historia de Felipe III rey de España*, pág. 48.

(2) Biblioteca Nacional, *Avisos manuscritos*.

(3) Tarsia, páginas 17 y 40.

(4) Carta autógrafa.